

Historia del arte español

Ernesto Ballesteros Arranz



31 El Renacimiento
en la escultura

Lectulandia

Desde los últimos años del siglo xv, la España de los Reyes Católicos conoce el resurgir de la vitalidad nacional. La victoria política deja también su impronta en lo cultural. Se abren las puertas a todo lo que signifique influjo exterior para asimilarlo, pero sin olvidar lo propiamente hispánico. Si años antes lo dominante en escultura había sido lo flamenco, ahora el influjo directo va a proceder de Italia. Todo lo que allí, en Florencia sobre todo, van a crear un Ghiberti en el campo del relieve, un Donatello en la introducción de vida a las esculturas, o un Miguel Ángel con todo su brío y su originalidad, tendrá su eco en nuestra escultura renacentista.

Lectulandia

Ernesto Ballesteros Arranz

El Renacimiento en la escultura

Historia del arte español - 31

ePub r1.0

Titivillus 23.09.2017

Título original: *El Renacimiento en la escultura*
Ernesto Ballesteros Arranz, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El Renacimiento en la escultura

«Con la escultura del Renacimiento nos encontramos ante la expresión más pura del alma española. Toda la pasión, el misticismo, el ansia de belleza, la exaltación del espíritu, la llama que abrasa la materia, lo encontramos en esas estatuas y relieves que cubren los retablos de tan magnas altitudes con tan enfáticas apoteosis».

J. CAMÓN AZNAR

La escultura del Renacimiento en España

Desde los últimos años del siglo xv, la España de los Reyes Católicos conoce el resurgir de la vitalidad nacional. La victoria política deja también su impronta en lo cultural. Se abren las puertas a todo lo que signifique influjo exterior para asimilarlo, pero sin olvidar lo propiamente hispánico. Si años antes lo dominante en escultura había sido lo flamenco, ahora el influjo directo va a proceder de Italia. Todo lo que allí, en Florencia sobre todo, van a crear un Ghiberti en el campo del relieve, un Donatello en la introducción de vida a las esculturas, o un Miguel Ángel con todo su brío y su originalidad, tendrá su eco en nuestra escultura renacentista.

La protección de reyes y grandes señores facilita la introducción de las formas renacientes italianas, bien sea importando obras o trayendo artistas italianos para realizar sus encargos. Por eso, durante los primeros años del siglo xvi veremos coexistir las obras italianas o italianizantes con otras realizadas en un estilo plenamente gótico o muy ligeramente influidas por las formas renacientes.

En cuanto al material, preferentemente se utiliza la madera, que ha de estar bien seca para evitar posteriores alteraciones. Una vez aprobada la traza, se tallan las imágenes y relieves conforme a ella, quedando, una vez terminadas, «en blanco», esto es, sin policromar. Para realizar una buena policromía era preciso aparejar en primer lugar la pieza escultórica; con una capa de pasta de yeso y agua de cola se tapaban las grietas y hendiduras para, posteriormente, aplicarle un ligero emplastecido de yeso, de manera que no quedase oculto ninguno de los detalles realizados por el escultor.

Después de una ligera aplicación de arcilla (el «embolado»), se le daba una capa de panes de oro, sobre la que se procedía a estofar. El «estofado» consistía en pintar con colores lisos sobre el oro, para rascar luego, con un objeto punzante, la pintura, de modo que dejase ver el oro que había debajo. En las partes descubiertas de vestiduras —rostro, brazos y piernas— se procedía al «encarnado» que consistía en darle color de carne adecuado a la edad del personaje a representar.

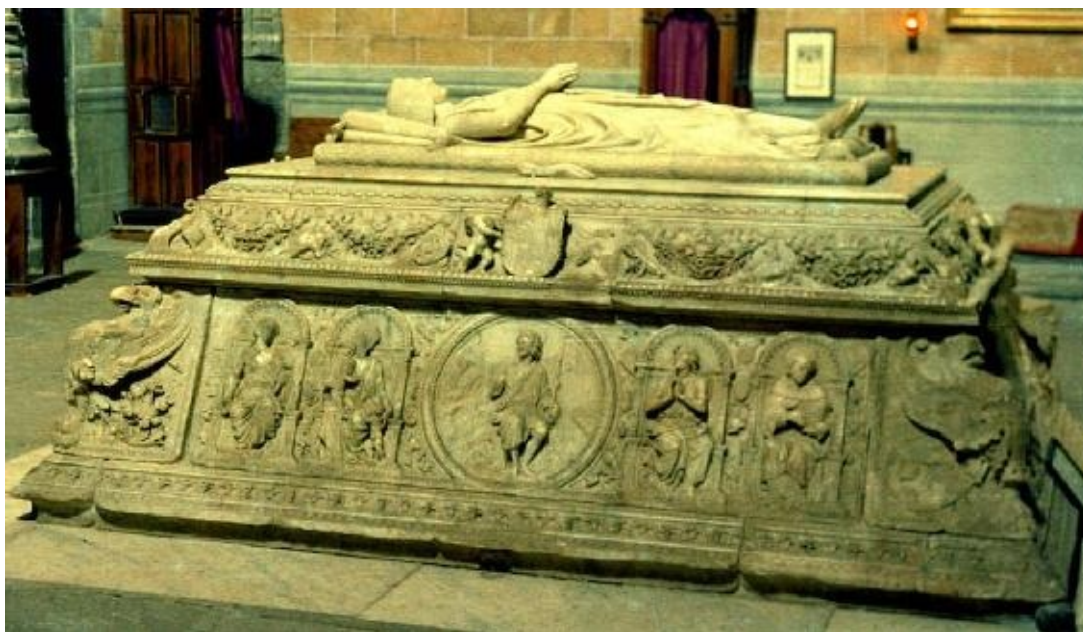
1. Giovanni di Nola. Sepulcro de Ramón Folch y Cardona. Bellpuig. Lérida

El primer tercio del siglo XVI representa la etapa de introducción de las formas renacentistas. Es la época de mayor número de obras importadas de Italia y también la de mayor cantidad de artistas italianos llegados a España. Las primeras obras renacentistas en España (como «La Virgen con el Niño», atribuida a Donatello, en la Catedral de Gerona o la parte italiana del sepulcro del cardenal Mendoza, en la Catedral de Toledo) presentan un notable carácter «quattrocentista». Pero hay otras relacionadas con los talleres del grupo genovés-apolitano, sobre todo con las obras de los Grazzini, con los que colaboró Antonio María Aprile. A este grupo corresponden los sepulcros de los padres del primer marqués de Tarifa (capilla de la Universidad de Sevilla), los de los marqueses de Ayamonte (en San Lorenzo, de Santiago de Compostela), el destruido del obispo abulense fray Francisco Ruiz (en San Juan de la Penitencia, en Toledo) y el de los condestables de Castilla (realizado por Juan de Lugano para su capilla absidal en la Catedral burgalesa). Dentro de este mismo grupo puede incluirse el magnífico sepulcro del virrey de Nápoles, Ramón Folch de Cardona, fallecido en 1522. El sepulcro fue labrado hacia 1524-1525 por Giovanni di Nola, para ser instalado en el convento fundado por el difunto en su villa natal de Bellpuig (Lérida). Está formado por una gran fachada compuesta de arcosolio, que cobija la urna sepulcral entre dos cuerpos salientes, todo ello decorado con fantásticos y riquísimos pormenores decorativos muy al estilo de B. Ordóñez, si bien la traza recuerda obras de Sansovino.



2. Domenico Fancelli. Sepulcro del Príncipe Don Juan. Iglesia de Santo Tomás. Ávila

En el primer tercio del siglo XVI trabajaron en España varios artistas italianos que, al establecerse en la Península, contribuyeron de modo decisivo a la entrada triunfal de las formas renacentes. Además de Julián Florentino (autor de los relieves del trascoro de la Catedral de Valencia), el escultor italiano más famoso de los que trabajaron en España fue Domenico Alessandro Fancelli (1469-1519). Su formación florentina es bien notoria, sobre todo en cuanto se refiere al preciosismo detallista, que se hace patente en su sepulcro del cardenal Hurtado de Mendoza (1508-1510) para la Catedral de Sevilla. Cuando llegó a Sevilla para instalarlo, recibió el encargo de realizar un sepulcro en mármol de Carrara para el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, fallecido en Salamanca en 1497, con destino al monasterio de Santo Tomás, de Ávila. Fancelli lo trabajó en Génova y lo trajo terminado en 1513. Con esta obra, en la que toda la decoración está tallada de manera muy fina, se inicia en España el tipo de sepulcro exento con lados en talud, que supone una gran novedad frente a los anteriores sepulcros góticos exentos.



3. Domenico Fancelli. Sepulcro de los Reyes Católicos. Capilla Real de Granada

El éxito logrado con el sepulcro del príncipe motivó el encargo de su obra cumbre: el sepulcro de los Reyes Católicos, en la Capilla Real de Granada, que terminaría en 1517. En el sepulcro real mantiene Fancelli el mismo lecho horizontal que en el de Ávila, aunque más grande, para dar cabida a los dos yacentes; las paredes siguen siendo en forma de talud, revestidas con redondos medallones y hornacinas aveneradas, rematando en unos originales grifos en las esquinas. Cuatro estatuas sedentes de los Padres de la Iglesia velan en los extremos de la cornisa el sueño de los monarcas.



4. Pietro Torrigiano. San Jerónimo. Museo de Sevilla

Otro de los escultores italianos que trabajaron en España fue Pietro Torrigiano (1472-1528). Antes de llegar a España pasó por Inglaterra, donde ejecutó en 1512 las tumbas de Enrique VII e Isabel de York, de perfecta realización. Ya en España, trabajó en Sevilla, donde aparece en 1521. En el museo sevillano se conserva su obra maestra en España, el San Jerónimo en barro cocido realizado para el monasterio de San Jerónimo, de Buenavista, en las afueras de Sevilla. Es un magnífico estudio del natural, en el que Torrigiano hace gala de un profundo conocimiento de la anatomía humana.



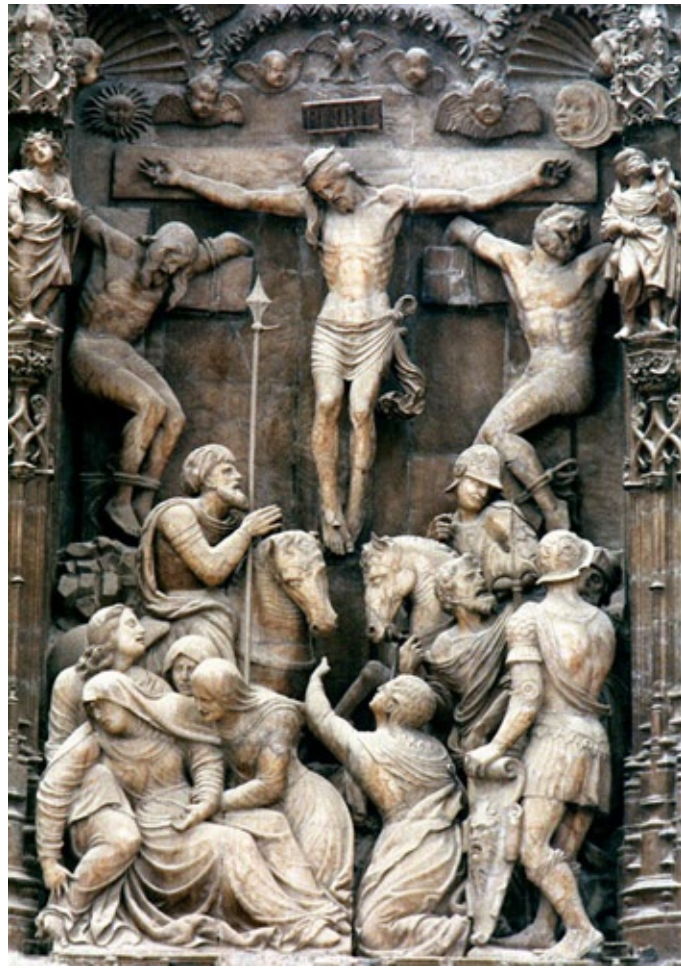
5. Jacopo Florentino. Santo Entierro. Museo de Granada

Por las mismas fechas que Torrigiano llegaba a Sevilla, arribaba a Granada otro artista florentino, Jacopo da Torni el Indaco (1466-1526), colaborador y amigo de Miguel Ángel y dotado de un estilo ya plenamente «cinquecentista». Además del maravilloso grupo de la Anunciación que corona la portada de la sacristía de la Capilla Real de Granada, Jacopo Torni o Jacopo Florentino parece ser el autor del famoso «Entierro de Cristo», que estuvo en el monasterio de San Jerónimo y hoy se encuentra en el Museo de Granada. Realizado probablemente para uno de los altares del crucero de la Capilla Real, repite el tema del Santo Entierro a la manera usual en Italia, y de la que hay algunos otros ejemplos en España (Toledo y Tarragona); pero el Entierro del florentino supera a los demás por su clasicismo y, sobre todo, por su sentimiento, aunque este no llega al realismo y expresividad de los que luego realizará Juan de Juni. En la cabeza de José de Arimatea es patente el influjo que en la escultura renacentista produjo el descubrimiento del grupo helenístico del Laoconte; sin embargo, el cuerpo de Cristo, con cuidada armonía, sobre todo en su brazo caído, revela la huella de Miguel Ángel.



6. Damián Forment. Retablo de la Catedral. Huesca

Dentro ya de la escultura originariamente hispana se señalan dos grupos principales: el de Levante, La Rioja y Aragón, que arranca de Forment, y el de Castilla, iniciado por Felipe Bigarny o Felipe de Borgoña, y que, a su vez, daría lugar con posterioridad a un nuevo núcleo en Andalucía. La región levantina tuvo un contacto más directo con Italia que Castilla, y se convirtió en el primer foco de italianismo en la escultura. El valenciano Damián Forment (m. en 1540) se transformó en el eje de toda la escultura del Renacimiento levantino. Su primera obra conocida era el retablo mayor de la colegiata de Gandía (1501-1507), ya destruido. Luego lo encontramos en Zaragoza haciendo el retablo del Pilar (1509), en el que, salvo el basamento de estilo italiano, el resto sigue fiel a la tradición gótica, al igual que el de la Catedral de Huesca (1520), con figuras de mucha arrogancia; ambos retablos son de alabastro, según la tradición aragonesa y el modelo de Pere Johan. Sobre un gran banco con siete escenas de la Pasión se alza el retablo de Huesca con otras tres grandes escenas de la Pasión en altorrelieve; sobre la Crucifixión de la calle central se encuentra el expositor para la Sagrada Forma, muy peculiar en todos los retablos aragoneses. Más tarde, en el retablo del monasterio de Poblet, Forment trató de hacer una obra clásica, pero fracasó; en cambio, acertó en su última obra, el retablo de Santo Domingo de la Calzada (1538), donde, siguiendo la tradición castellana, abandonó el alabastro en favor de la madera policromada.



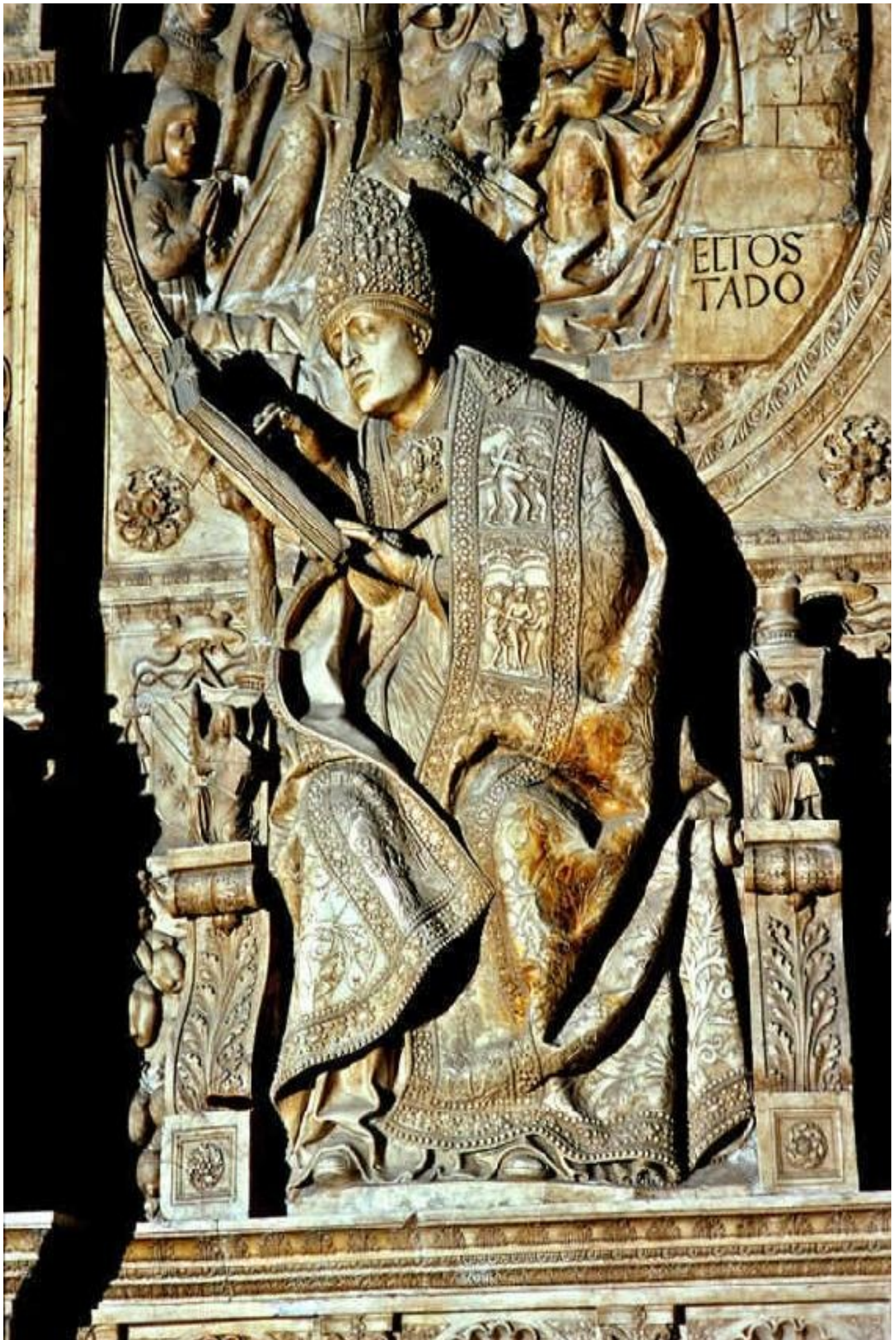
7. Gabriel Joly. Retablo Mayor de San Pablo. Catedral de Teruel

Entre los continuadores de Forment descuellan Morlanes el Mozo, Juan de Salas, el florentino Juan de Moreto, Esteban de Obray y Gabriel Joly, que trabajaron preferentemente en Aragón. La misma escuela se extiende por Navarra y La Rioja, con varios retablos que son eco del de Santo Domingo de la Calzada. Gabriel Joly (m. 1538), de origen picardo, realizó el retablo mayor de la Catedral de Teruel, en el que destacan las figuras de los Apóstoles, sobre todo la de San Pablo, en la que deja patente su estilo. Encargado el retablo en 1536, quedó sin dorar ni estofar a causa del fallecimiento de su autor; es un colosal retablo de tres calles separadas por hornacinas enmarcadas en columnas y otros tantos cuerpos que apoyan sobre un banco bien labrado.



8. Vasco de la Zarza. Sepulcro del Tostado

Castilla, que, como ya vimos, recibió el influjo italiano bien por medio de obras importadas, bien a través de los propios artistas italianos que arribaron a sus límites, vio cómo algunos de sus artistas seguían la Influencia renacentista. Este es el caso de Vasco de la Zarza (m. 1524), educado en Venecia y exquisito decorador. El influjo de Fancelli en su obra es bastante manifiesto, pero, no obstante, no alcanzó notoriedad en su época. Trabajó en Cuéllar y en Toledo, pero, sobre todo, en la Catedral de Ávila, en la que llevó a cabo el altar mayor y la decoración del trasaltar. Junto con los relieves de los Evangelistas que decoran la referida parte del templo abulense, es pieza importante el sepulcro de Alonso de Madrigal, el Tostado, magníficamente tallado en alabastro.



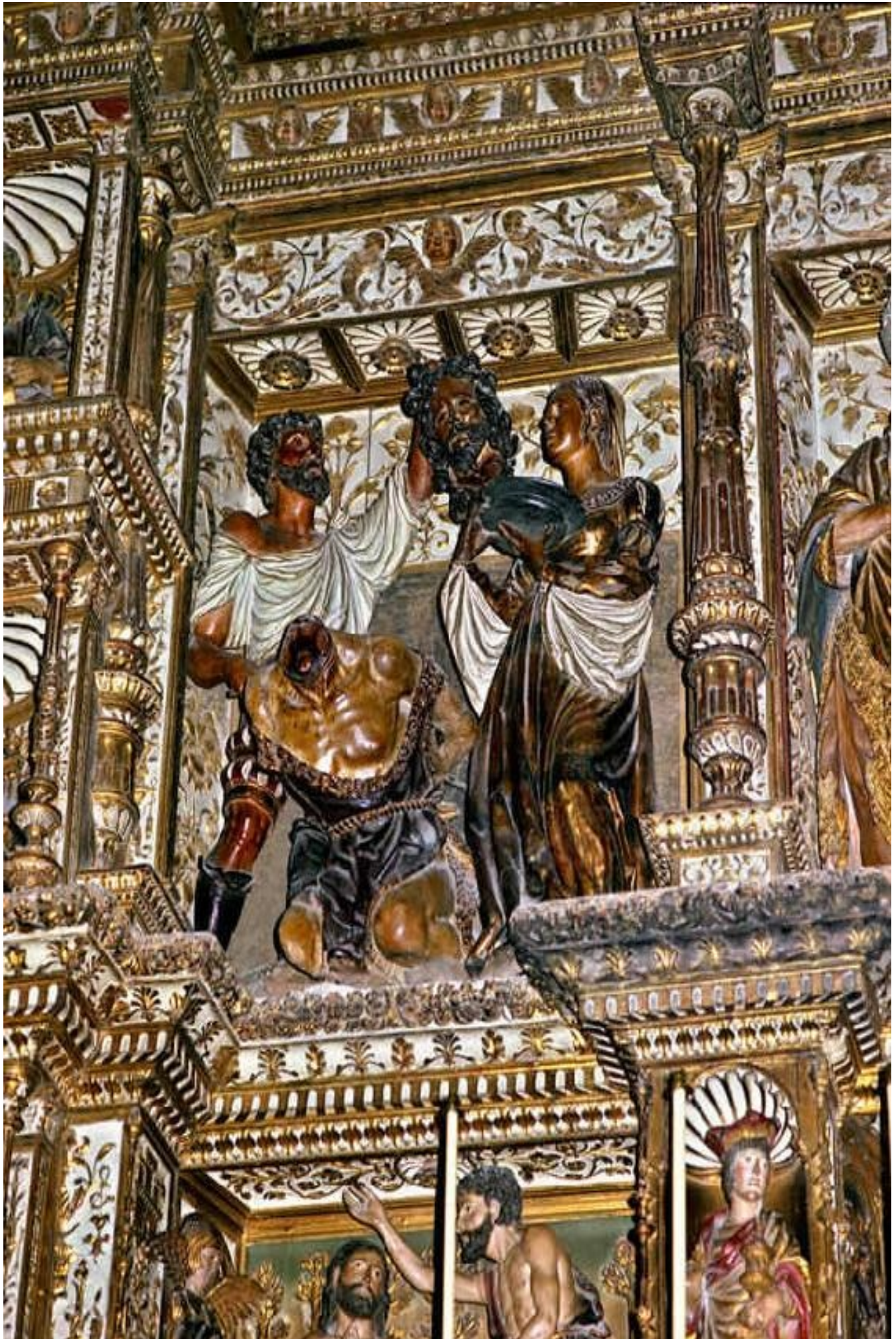
9. Felipe Bigarny. Camino del Calvario. Trascoro de la Catedral de Burgos

Notable y fecundo portador del nuevo estilo fue el borgoñón Felipe Bigarny (m. 1543), que ya había trabajado en el retablo mayor de la Catedral de Toledo. A poco de llegar a España, aparece en Burgos en 1498, realizando la decoración del trasaltar mayor de la Catedral, con relieves de la vida de Cristo. Mientras que el «Camino del Calvario» y la «Crucifixión» presentan notas claramente borgoñonas, a pesar de que los pormenores decorativos son ya italianos, en cambio el relieve del «Descendimiento y Resurrección», realizado años después, tiene un carácter más español.



10. Felipe Bigarny. Retablo de la Capilla Real de Granada

Cuando el emperador Carlos estaba interesado en la decoración de la Capilla Real de Granada, acudieron a su reclamo Ordóñez, Siloé, Machuca y Jacopo Florentino. También a Bigarny le correspondió parte en estos trabajos. Allí recibió el borgoñón el encargo de realizar el retablo mayor, que ejecutó en 1520, constituyendo una de las obras capitales de nuestro Renacimiento. Una arquitectura de líneas sobrias, repleta de bella decoración de estilo lombardo, encuadra grupos de figuras sueltas de gran tamaño, de fuerte realismo, como la escena de la Degollación del Bautista. Destacan por su naturalismo los bajorrelieves del banco, con la entrega de Granada y el bautismo de los moros. Más tarde, Bigarny colaboró con Diego Siloé en la ejecución del retablo mayor de la capilla del Condestable en la Catedral de Burgos (1525). Junto con Berruguete, realizó la mitad del lado del Evangelio de la sillería alta de la Catedral de Toledo, que empezó en 1538. Suyo es, asimismo, el retablo mayor de la Catedral de Palencia.



11. Juan de Balmaseda. Retablo de Becerril de Campos. Palencia

El mejor escultor palentino del primer tercio de siglo fue Juan de Balmaseda, artista ya renaciente, pero con grandes recuerdos goticistas. Suyo es el retablo mayor de la parroquia de Becerril de Campos (Palencia), hoy instalado en la iglesia del Sagrario, de Málaga, y que está dedicado a San Pedro y San Pablo. En esta obra, como en el Calvario que remata el retablo mayor de la Catedral de Palencia, Balmaseda hace gala de un expresivismo que tendrá en Berruguete su mejor representante.



12. Miguel Perrin. Entrada en Jerusalén. Catedral de Sevilla

En Sevilla, el maestro más importante de este primer tercio del siglo XVI es, sin duda, el francés Miguel Perrin, que emplea con preferencia el barro cocido, que, como ya vimos, tenía en Sevilla un buen precedente en las labores de Mercadante de Bretaña en el siglo XV. Al servicio de la Catedral sevillana, entre 1520 y 1523, ejecutó las figuras y tímpanos de las puertas del Perdón, de los Palos y de las Campanillas en la Catedral; en esta última desarrolla el tema de la Entrada de Jesús en Jerusalén, que demuestra una honda preocupación por la perspectiva y la buena composición.



13. Bartolomé Ordóñez. Relieve del Trascoro de la Catedral de Barcelona

El apogeo del Renacimiento en España se produce mediante cuatro artistas españoles formados en Italia que fueron designados por Francisco de Holanda con el apelativo de «águilas»: Ordóñez, Machuca, Siloé y Berruguete, dotados los cuatro de temperamentos diferentes, pero todos geniales y capaces de repartir su potencia creadora entre diversas actividades artísticas. Pocas noticias tenemos de Bartolomé Ordóñez, cuya actividad no sobrepasa los tres años, pues falleció joven en 1520. En 1517 estaba en Nápoles trabajando con Siloé en la decoración de la capilla Caraccioli, en San Giovanni a Carbonara. Poco después aparece Ordóñez en Barcelona realizando los relieves para las cabeceras del coro de la Catedral, en los que se nos muestra como un miguelangelesco. También son suyos los relieves del trascoro de la misma Catedral, labrados en mármol de Carrara, que narran episodios de la vida de Santa Eulalia, pero de los que solo pudo hacer dos: Santa Eulalia ante el juez y su martirio en la hoguera; ambos relieves acreditan su dominio del bajorrelieve y su magisterio en la composición.



14. Bartolomé Ordóñez. Sepulcro de Felipe el Hermoso y Doña Juana. Capilla Real de Granada

Al recibir en 1519 el encargo del sepulcro del cardenal Cisneros, que Fancelli no había llegado a realizar, y del de los reyes Juana la Loca y Felipe el Hermoso, Ordóñez se trasladó a Carrara, donde falleció en 1520, dejando casi acabado el sepulcro real, pero solo iniciado el del cardenal. En los sepulcros sigue el tipo de túmulo adoptado por Fancelli, pero no en talud, sino en la forma tradicional de lados verticales; además, el de los reyes, situado en la Capilla Real de Granada, tiene a los yacentes colocados sobre una urna que descansa sobre el túmulo, con lo que gana en esbeltez. Todo aquí es magnífico, desde las estatuas reales hasta los ángeles que sostienen escudos, los cuatro santos de los ángulos, los relieves de los medallones, las guirnaldas, los grutescos o los monstruos que se destacan en los ángulos del enterramiento. Esculturas todas ellas que gozan de una originalidad poco común, la cual se advierte, sobre todo, en los relieves, de muy bella composición.



15. Diego de Siloé. San Juan Bautista. Sillería de San Benito. Valladolid

Diego de Siloé (m. 1563), hijo de Gil de Siloé, alcanzó una técnica maravillosa. Tras formarse en Burgos, pasó a Nápoles, donde trabajó con Ordóñez, para regresar más tarde a la capital castellana, en la que realiza su primera obra arquitectónica, la Escalera Dorada de la Catedral, con espléndida decoración escultórica. Además de concluir algunos retablos iniciados por su padre y de ejecutar otros por completo, destaca entre su producción la silla que hizo con destino a la sillería coral de San Benito, de Valladolid (hoy en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid). La silla alta tiene un relieve de San Juan Bautista, mientras que la baja ofrece la Degollación del Santo Precursor, realizados ambos en 1528. La interpretación del tipo de San Juan es una de sus mejores creaciones, original la actitud, correcto el desnudo, enérgica la cabeza con los cabellos agitados por el viento, todo realizado con primorosa técnica, así como las características lajas de piedra sobre las que apoya el Bautista.



16. Diego Siloé. Sagrada Familia. Museo de Valladolid

Desde 1528 realizó Siloé en Granada obras de arquitectura (Catedral, convento de San Jerónimo), en las que también se encargó de la decoración escultórica, destacando la portada del Perdón de la Catedral, con originales temas ornamentales y bellos relieves. Entre su muy numerosa obra escultórica, dispersa por toda la Península, hay algunas piezas que sobresalen por su calidad y belleza. Este es el caso de la pequeña estatua de mármol de San Sebastián, conservada en el pueblo burgalés de Barbadillo de Herreros, de profundo eco miguelangelesco y que merece ser considerada como una de las obras más bellas de la escultura española del Renacimiento. Algo semejante ocurre con el grupo de la Sagrada Familia (Museo Nacional de Escultura de Valladolid), que debió de incluirse en el medallón. El grupo está compuesto a la manera de las «sacra conversazioni» italianas, alternando el movimiento de las cuatro figuras que lo integran.



17. Alonso Berruguete. San Sebastián. Retablo de San Benito. Valladolid.

Con Alonso Berruguete nos encontramos ante la figura más conocida y famosa, en su vida y para la posteridad, de todos nuestros escultores. Hijo del pintor Pedro Berruguete, nació en la localidad palentina de Paredes de Nava hacia 1488; estudió en Italia, donde copió a los clásicos y sufrió el influjo de la obra de Miguel Ángel. Se estableció luego en Valladolid, y allí empezó a trabajar como escultor, adquiriendo pronto gran fama y recibiendo encargos por toda Castilla, especialmente en Valladolid y Toledo, hasta su muerte en la Ciudad Imperial en 1561. Su primer retablo documentado es el retablo de la Mejorada de Olmedo (1525), hoy en el Museo de Valladolid, obra tan desigual y violenta como original y atrevida. En 1527 inició el gran retablo de San Benito, de Valladolid, en el que su arte parece ya más concienzudamente elaborado. Se trata de su obra más famosa, que, aunque desmontado, puede hoy también contemplarse en el museo vallisoletano. La figura de San Sebastián es una de las creaciones más destacadas de nuestra plástica, adherido a un tronco sin desbastar, del que pende; sobre la cabeza, de rostro juvenil, contraído por la angustia del momento, cruza los brazos, que, como el resto del cuerpo, presentan una carnación rosada y pálida.



18. Alonso Berruguete. El Sacrificio de Isaac. Retablo de San Benito. Museo de Valladolid

Otra de las obras más populares de Berruguete es el Sacrificio de Isaac, donde su originalidad y dominio técnico alcanzan en el modelado de la figura de Abrahám una gran expresividad que se manifiesta especialmente en el tratamiento de la cabeza de agitadas barbas y melenas. Parece que se escucha el patético alarido de Abrahám dispuesto a sacrificar a su hijo, que se encoge asustado. Ambas figuras están concebidas con todo el gran movimiento y dinamismo característico del maestro palentino.



19. Alonso Berruguete. Epifanía. Retablo Iglesia de Santiago. Valladolid

Entre sus obras posteriores destacan el retablo de los Irlandeses, de Salamanca (1529), y el de la iglesia vallisoletana de Santiago (1537). A pesar de que este último está organizado con la falta de sentido arquitectónico típico del artista de Paredes de Nava, sobresale el grupo central, que abarca toda la anchura del retablo, y en el que se representa la Adoración de los Reyes Magos. En el centro están la Virgen, el Niño y San José, en torno a los que se agolpan los Magos de forma algo tumultuosa.



20. Alonso Berruguete. Sillería del Coro. Catedral de Toledo

En 1531, el cardenal Tavera encargó a Berruguete, en colaboración con Bigarny, la sillería alta del coro de la Catedral toledana, en cuya ejecución contó el palentino con la colaboración, de Isidro de Villoldo y Francisco Giralte... En el coro le corresponden a Berruguete los 36 tableros de nogal sobre las sillas del lado de la Epístola, que van coronados por otra serie de relieves en alabastro. Dentro del mismo coro realizó Berruguete el grandioso grupo en alabastro que representa la Transfiguración, y que es, sin duda, su obra más gigantesca, tema que volvió a repetir, en talla policromada, en la Iglesia del Salvador, de Úbeda, pero que se ha perdido. En esta como en otras de sus obras puede observarse que Berruguete altera las proporciones y coloca a las figuras en actitudes inverosímiles, sin importarle apenas la belleza; para él lo más importante es la agitación espiritual.



21. Juan de Juni. Santo Entierro. Valladolid

Otro gran escultor castellano, aunque de origen francés, es Juan de Juni (m. 1577). Ya formado, llegó a Castilla y se estableció en Valladolid, desde donde trabajó para otras ciudades castellanas, sobre todo para León y Salamanca. Juni da a sus obras una grandiosidad que raya casi en lo colosal, pero, a pesar del tamaño, sus figuras están ejecutadas con gran perfección. Después de realizar la sillería del coro de San Marcos, de León, y unos grupos en barro cocido para Medina de Rioseco, en 1543 ejecutó una de sus obras más famosas: «El Entierro de Cristo», del Museo de Valladolid; la figura de Cristo, de gran rigidez, carece de emotividad, pero, por el contrario, las figuras que la rodean irradian un enorme patetismo, sobre todo el grupo de la Virgen y San Juan. Este mismo tema lo repitió en 1571 para la Catedral de Segovia.



22. Juan de Juni. San Antonio. Museo de Valladolid

La espiritualidad y apasionamiento que acostumbran transmitir las obras de Juni se hacen patentes en esta imagen de San Antonio con el Niño, de bellísima policromía. Al mismo tiempo, el gesto de dolor que, con frecuencia, acompaña a sus esculturas no está ausente del rostro del santo de Padua. La línea cerrada, peculiar en muchas obras de este artista, forma aquí la composición, conteniendo dentro de ella al santo, al árbol sobre el que se apoya, al Niño y al libro que le sirve de escabel.



23. Francisco Giralte. Retablo de la capilla del doctor Corral. Iglesia de la Magdalena. Valladolid.

Son dignos de mención en la escultura castellana los hermanos Corral de Villalpando, famosos escultores en yeso que ejecutaron la capilla de los Benavente, en Santa María de Medina de Rioseco; Isidro de Villoldo, realizador del retablo de la sacristía de la Catedral de Ávila; Manuel Álvarez y Miguel de Espinosa, destacados artífices palentinos, y, sobre todo, Francisco Giralte, directo colaborador de Berruguete, del que captó no poca agitación y expresividad. Giralte realizó entre 1537 y 1547 este retablo, de traza muy original, que nos presenta, en tres calles y dos cuerpos, siete relieves de la vida de Cristo, reservando el medallón central para la imagen del evangelista San Juan, inspirada directamente en un modelo de Miguel Ángel.



24. León Leoni. Carlos V y el furor. Museo del Prado

Pero todo este violento apasionamiento que se iba apoderando de la escultura renacentista española, que, al españolizarse, la iba alejando de toda norma clásica y le hacía perder en técnica, produjo una reacción que vino en forma de nueva influencia italiana. Por entonces en Italia ya se habían extinguido los grandes maestros, pero quedaban sus imitadores faltos de originalidad, los manieristas o romanistas, que trataban de suplir con corrección de las formas lo que les faltaba de ingenio. Así se inicia en España la escultura de la segunda mitad del siglo XVI, que vendría a resultar una transición hacia la plástica del siglo XVII, para lo cual no tendrá más que cambiar los tipos clásicos por la realidad. Esta es la época del clasicismo. Dentro del clasicismo es importante el grupo escurialense. Cuando Felipe II busca escultores para El Escorial no llama a artistas españoles, sino que hace venir a Pompeyo Leoni, hijo del escultor y bronceador aretino León Leoni (m. 1590), que ya había estado al servicio del emperador Carlos. León Leoni había recibido del César el encargo de realizar una serie de retratos, en bronce y mármol, de la familia imperial, la mayor parte de los cuales se conservan hoy en el Museo del Prado. Es notable la estatua en bronce de Carlos I y el Furor; el emperador, con armadura a la romana, porta una lanza y apoya sus pies sobre un personaje agachado, que quiere verse como alusión al fiero turco derrotado en Lepanto.



25. Los Leoni. Tumbas reales de El Escorial

Cuando Pompeo Leoni (m. 1608) vino a España para retocar e instalar las obras realizadas por su padre, Felipe II le encargó las estatuas de bronce que habrían de decorar el altar mayor de El Escorial, así como las estatuas orantes de Carlos I, Felipe II y sus familiares allí sepultados, que serían colocadas a ambos lados de la capilla mayor. Para realizarlas, Pompeo se marchó a Milán y regresó a España en 1589 para residir en la corte ya definitivamente. Los grupos orantes son de bronce dorado, mientras que los mantos llevan los escudos reales esmaltados.



26. Bautista Vázquez. La Piedad. Catedral de Ávila

Otro gran centro clasicista radica en Toledo, arrancando de los artistas que trabajaron como auxiliares de Berruguete. Bautista Vázquez (m. 1589) dotó a sus obras de un encanto y suavidad casi femeninas, que son patentes claramente en la Piedad de la Catedral de Ávila, libre réplica de la de Miguel Ángel en el Vaticano, pero carente de la energía del florentino. Vázquez trabajó también en Toledo y pasó luego a Sevilla, donde formó escuela, que sería el lazo de unión con la gran escuela de imaginería andaluza del siglo XVII. Al mismo ciclo clasicista pertenece el escultor y bronceista Nicolás de Vergara, autor de los soberbios atriles del coro de la Catedral toledana y de la desaparecida verja que rodeaba el sepulcro del cardenal Cisneros en Alcalá, decorada con relieves de hondo italianismo.



27. Juan Bautista Monegro. San Lucas Evangelista. Monasterio del Escorial

También hay que encuadrar en este grupo a Monegro (m. 1621), autor de varios retablos y esculturas en Toledo, que entre 1583 y 1593 aparece trabajando en El Escorial; allí realizó los seis reyes en granito para la fachada de la iglesia, la imagen de San Lorenzo en la fachada principal del monasterio, y los Evangelistas de mármol que dan nombre al claustro. Son obras de sobria grandiosidad, de dos metros de altura, talladas en blanco mármol italiano.



28. El Greco. Cristo resucitado. Hospital Tavera. Toledo

También el Greco (1541-1614) fue escultor, aunque su actividad escultórica, no muy conocida, queda eclipsada por sus lienzos pictóricos. Se sabe que hacía modelos para sus cuadros y que intervino en la arquitectura y escultura de varios retablos (Santo Domingo el Antiguo, Hospital de Illescas). Es de su mano la pequeña figura de Cristo Resucitado (1595), del Hospital Tavera, de Toledo.



29. Gaspar Becerra. Retablo de la Catedral de Astorga

Fuera de la corte hay otro grupo clasicista, de tradición miguelangelesca, a cuya cabeza se encuentra Gaspar Becerra (1520-1570), que estuvo en Italia trabajando como pintor, de donde regresó saturado de manierismo y enamorado de las exageraciones anatómicas. La única obra segura que conservamos de Becerra es el retablo mayor de la Catedral de Astorga (1588-1592), en el que realiza innovaciones decisivas que durante medio siglo, y junto con el de El Escorial, gozarían del favor de los tracistas de retablos. Columnas pareadas llenas de adornos y tableros de relieves, rematados por frontones, cobijan esculturas de buena composición que alardean de musculatura, pero carecen de gracia y sensibilidad.



30. Esteban Jordán. Retablo de la Magdalena. Valladolid

Continuador de Juni, pero siguiendo también a Becerra, el vallisoletano Esteban Jordán posee un estilo que incide en un rebuscado amaneramiento, plagiando sin piedad a Miguel Ángel y a sus predecesores Becerra y Juni; el estilo de Jordán se hace patente en su retablo de La Magdalena (1571), de Valladolid, de traza enteramente romanista. Jordán sentía atracción por llenar con relieves los campos del retablo que en escultores anteriores estaban ocupados por esculturas exentas.



31. Juan de Ancheta. Retablo de la Catedral de Jaca

Pero entre todos los escultores clasicistas destaca sobremanera la vigorosa personalidad del vasco Juan de Ancheta (m. 1592), que trabajó en Valladolid, Burgos, Aragón, Navarra y Vizcaya, donde dejó grandiosos retablos, llenos de esculturas aparatosas y grandilocuentes, que recuerdan a Miguel Ángel, aunque sin copiarlo; las esculturas de Ancheta se acercan a las de Juni en lo colosal y dramático, aunque su carácter le aparta radicalmente del autor de la Virgen de los Cuchillos. Obra suya son los retablos de Zumaya (Guipúzcoa), Tafalla, Aoiz, y el notable de la Trinidad (1578), en la Catedral de Jaca, labrado en alabastro configura de imponente majestad, y en el que pone de manifiesto las fuentes romanas en las que bebió su ideal de lo grandioso.



32. Jerónimo Hernández. Jesús resucitado

En Andalucía también se percibe el clasicismo, llevado desde Toledo por Villoldo y Bautista Vázquez, el Viejo. Toda la elegancia y delicadeza casi femenina de Vázquez fue heredada por la escuela andaluza, en la que merecen citarse Gaspar del Águila, Diego Velasco de Ávila, Diego de Pesquera, Miguel Adán, Bautista Vázquez el Mozo, Juan de Oviedo y el abulense Jerónimo Hernández (m. 1586). Hernández resultó ser la personalidad más destacada dentro del manierismo sevillano y quien consolida y orienta definitivamente la gran escuela de escultura andaluza. De su producción destacan las figuras marianas y las imágenes de Jesús, que poseen gran profundidad expresiva, como este Jesús Resucitado de la parroquia sevillana de La Magdalena, realizado hacia 1582-1583 en madera policromada. El Resucitado es una obra clásica y naturalista a un tiempo, en la que el recuerdo de lo praxiteliano, y el clasicismo sereno se funden con el naturalismo, tan propio de un artista que poseía un encomiable conocimiento de la anatomía humana. Las escuelas escultóricas de Sevilla y Granada, abandonaron gradualmente las formas clásicas en favor del estudio directo del natural.





ERNESTO BALLESTEROS ARRANZ (Cuenca, España, 1942) es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense y doctor en Filosofía por la Autónoma de Madrid. El profesor Ernesto Ballesteros Arranz fue Catedrático de Didáctica de Ciencias Sociales en la Facultad de Educación, además de su labor como enseñante en el campo de la Geografía, manifestó siempre un particular interés por la filosofía, tanto la occidental como la oriental, en concreto la filosofía india. Buena prueba de ellos son sus numerosas publicaciones sobre una y otra o comparándolas, con títulos como *La negación de la substancia de Hume*, *Presencia de Schopenhauer*, *La filosofía del estado de vigilia*, *Kant frente a Shamkara*. *El problema de los dos yoes*, *Amanecer de un nuevo escepticismo*, *Antah karana*, *Comentarios al Sat Darshana*, o su magno compendio del *Yoga Vâsishtha* que fue reconocido en el momento de su edición, en 1995, como la traducción antológica más completa realizada hasta la fecha en castellano de este texto espiritual hindú tradicionalmente atribuido al legendario Valmiki, el autor del Ramayana, y uno de los textos fundamentales de la filosofía vedanta.

Ha publicado también *Historia del Arte Español* (60 Títulos), *Historia Universal del Arte y la Cultura* (52 Títulos).